



## Aprendamos a sonreír

Difícil sería ahora precisar en qué libro di con el afortunado hallazgo, aunque buen libro debió ser. En él leí, poco más o menos, esto: «es la sonrisa lo que, en forma más definitiva, sirve para distinguir al hombre, de la bestia».

Y es muy cierta la aseveración. Porque reír, lo que se dice propiamente reír, sabido es que no lo hace ningún animal, aunque alguna especie haya, como por ejemplo los equinos y los simios, que, muy burdamente, llegan a remedar la risa, pero sin emisión de sonido, quedando en extraña, más bien repulsiva mueca; y también los de lengua carnosa, como los loros, éstos ya en forma sonora, pero sólo si antes se les ha estado machacando enseñándoles a hacerlo, lo cual quiere decir que, en realidad ni unos ni otros poseen tal facultad como atributo perfecto y propio de su naturaleza.

Decir que bastante de común tenemos con los animales, especialmente en servidumbre física, no es ciertamente ninguna novedad; y hasta vamos demostrando, con demasiada frecuencia, que también en otros órdenes. Pero sonreír, no sonríe más que el hombre. En cambio, cuán poco uso solemos hacer de ese preciado don que, dentro lo que es la vastedad del mundo animado, detentamos en exclusiva.

Así como la risa, en toda su infinita gama; la gesticulación, desde su grado podríamos decir tolerable al extremo opuesto perfectamente inútil y chabacano; el voceo, siempre inculto y, por tanto, molesto; todo esto sí, en general, lo practicamos fácilmente, la simple y elocuente sonrisa, será tal vez por lo que tiene de escasa espectacularidad, no se prodiga en el mundo actual de traza tan sumamente alterada y descompuesta. Poquíssimas veces en el desierto, cuando no zarzal, que va siendo cada día más el trato social, damos con el sedante paisaje humano que es siempre un rostro serenamente sonriente; ni siquiera tal bien logramos hallarlo, con la deseable frecuencia, en lo que constituye el reducido círculo de nuestra personal relación.

Y ello es lástima, sí, porque si la risa, siendo espontánea y sincera, puede, con algo de imaginación, ser comparada a un manantial vivo, a un surtidor, a una cascada, ruido y precipitación al fin, la sonrisa identificase mejor con la apacibilidad de un oasis, con el silente frescor, cada día renovado, de un amanecer, o con la aterciopelada suavidad de una serenísima puesta de sol. Dadme un rostro sonriente, sin doblez, y en él haré descansar, gozoso y agradecido, mi mirada.

Pero ¿dónde tal remanso hallar? Lo fosco, la adestez, es, desgraciadamente, lo que priva hoy en las humanas relaciones. Es el sello, rígido y a menudo agresivo, que

la época, de una dureza de pedernal que hiere y ofende, nos impone a todos, aún a los que de tal yugo abominamos, pero que no tenemos más remedio que admitir también a veces aunque sólo sea como protector escudo en el inevitable choque con nuestros semejantes, semejantes ya en todo, hasta en hispidez, sin excluir siquiera, a poco que se nos pinche, el uso abierto de la brutalidad.

Y sin embargo, ¡qué otro panorama nos ofrecería seguramente el mundo si todos nos esforzáramos en aprender, y sobre todo practicar, el fino y sutil arte de la sonrisa auténtica! Aquí se me podrá objetar que hay comunidades humanas que son consumados maestros en dicho arte y que ello no obstante... En efecto, pero ya antes he aludido a la sonrisa sin doblez, pues la detestable, falsa sonrisa es más bien perverso de diablos que de hombres.

Conocer, practicar sin afectación, sencillamente, ¡lanamente, el bello arte de la sonrisa, de la que espontáneamente nace engarzada en bondad y limpieza de corazón., propio es, y será siempre, de espíritus nobles y elevados. Aprendamos, pues a sonreír. Hagamos por diferenciarnos, cuanto nos sea posible, de los seres que se hallan situados en peldaño inferior al nuestro en el reino animal. No abduquemos de nuestra natural superioridad, y sepamos, en todo momento y ocasión, agradecer la posesión de un don de tan superior alcuñia como es el de la sonrisa. Ayudemos a iluminar la harta sombría faz del mundo. Probémoslo por lo menos. El solo intento nos honrará ya.

**Eduardo Bardas Planellas**



## CURÓS en SYRA

De nuevo expone en Syra, Jordi Curós, cuya savia quintaesenciada de su tierra de Olot va transformándole en uno de los artistas más calificados de la nueva promoción. Lleva ya tres exposiciones en Barcelona. En la que comentamos parece que su ruralismo que antaño le absorbía, se ha transformado en una pujanza cuyo temperamento ya no cabe en el ámbito de una escuela pictórica determinada, sino que forma un cielo de expresión de luz propia y definida.

En esta ocasión, Curós, cuyo empuje granítico irrumpe con fuerza irresistible en nuestro arte, nos presenta, amén de sus pinturas, angulosos paisajes urbanos de extraordinaria fuerza expresiva, unos dibujos que en verdad por si solos hablarían de la obra de este olotense cuyo campo artístico nos parece de ilimitadas posibilidades.

En el camino que ha encontrado este artista para expresarse en espíritu, es a todas luces acertado y aquilata al arte que en infatigable caminar peregrina por todas las épocas de la historia de hecho humano coordinado. El arte, esta posibilidad constante del espíritu humano en busca de un orden más superior, cuyo valor absoluto no necesita traspasar las soledades estridentes de la muerte para crear en el cielo del espíritu un necesidad nueva, tiene agradables sorpresas para los que a él dedican una forma personal y definitiva sin mojigaterías de ninguna especie. Nuestro pintor es uno de estos. Su obra que empezó siendo sorpresa para todos, va definiéndose en aras de un equilibrio cuyo hecho cualitativo aún puede superarse. Destaquemos de sus dibujos el titulado «Mujer japonesa» cuya fuerza expresiva ya habitual en el artista, adquiere en esta obra una trascendencia total, la fuerza humana de la cual se enrolla en un espiral de deseo esotérico. Sus pinturas mantienen un equilibrio sin embajes de ninguna clase. Pero en esta ocasión la exposición de Curós quedará en nuestra memoria por sus magníficos dibujos a pluma y a lapiz, cuya fuerza expresiva y trazo anguloso y solemne, quizá hayan pasado para la mayoría desapercibidos.

Saliendo de ver esta exposición continuamos creyendo que el arte en vuelo suprahumano, permanecerá en sus más dispares manifestaciones hasta que la atmósfera histórica de nuestra existencia alcance la postrera Noche ya camino hacia el Alba Final.

**Luis Bosch C.**